

DULCES CADENAS

POEMA EN CUATRO CANTOS

A mi fraternal amigo el Sr. D. Ramón
Campos y Doménech.

CANTO PRIMERO

I

Joven, bella, adorada y poderosa,
tan rubia como el sol del mediodía,
y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
hasta el dichoso día
en que va á ser una feliz esposa,
en un cuarto atestado de primores
y en una jaula de oro envuelta en flores,
cierto canario hospeda,
cuya pluma remeda
casi, casi, del iris los colores,
y un poco los reflejos de la seda.

II

En un día de marzo, húmedo y frío,
al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
prefiriendo al ajeno su cuidado,
y el gozo celebrando de aquel día,
suelta con alegría
al canario que cuida con cariño,
y con el cual, como si fuera un niño,
en inocente intimidad vivía.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
lo acaricia llorando y sonriendo,
se acerca á la ventana, y luego abriendo
la mano, con la cual se enjuga el lloro,
viendo al ave feliz que va siguiendo
del aire el insondable itinerario,
como acerada espina
un dardo de pesar extraordinario
su corazón traspasa,

DULCES CADENAS



Jacinta, esclavizando su albedrío,
prefiriendo al ajeno su cuidado,
y el gozo celebrando de aquel día,
suelta con alegría

al canario que cuida con cariño,
y con el cual, como si fuera un niño,
en inocente intimidad vivía.

pues siempre es un canario,
después de la sociable golondrina,
el ave favorita de una casa.

III

Libre, alegre, inconstante, casi loco,
como bebiendo luz, emprende el vuelo
el pájaro, que invade poco á poco
la inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
sus ojos de insondables horizontes,
y en posesión le pone de la tierra,
con sus mares, sus valles y sus montes.
Entregado al calor y expuesto al frío,
el pájaro, que siendo prisionero
prefería su jaula al mundo entero,
fué puesto en posesión de su albedrío
como el manso arrastrado al matadero.
Y volando, volando,
se alejaba y volvía,
y de su inútil libertad gozando,
—¿Adónde voy?— parece que decía.
Y Jacinta, llorando,
y llena al mismo tiempo de alegría,
al pájaro dejando
para volar también tras del esposo,
mandándole un adiós muy cariñoso
al ver que una tras otra recorría
las colinas cubiertas de viñedos,
con expresiones de cariño extremas,
tocándose los labios con las yemas,
le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV

Como dijimos antes,
era en marzo, la aurora del estío,
y en uno de esos días inconstantes
en que alterna el bochorno con el frío,
con santa devoción, casi á la orilla
del Manzanares, su paterno río,
para unir á Jacinta en casto nudo
con el hombre más noble de la villa,
como si fuera un celestial saludo
por su madre escuchado y por su abuela,
en torno del altar de la capilla
el himno sube y el incienso vuela.

Y Jacinta, entretanto,
cuya gracia inocente
se convertía en pensativo encanto
y en la expresión de amor más hechicera,
hacia el altar avanza
con la alegre esperanza
y la planta ligera
de quien lleva, al andar, sobre su frente,
el cántaro inmortal de la lechera.

V

Así aquel ángel que á mujer subía,
la virgen que iba á convertirse en diosa,
con el tierno candor que en Dios confía
camina, á fuerza de ventura, hermosa,
como una niña grande honrada y pura
que sueña en ser feliz, pues no sabía
que, cual la flor del cactus, la ventura
esperada cien años, dura un día.

CANTO SEGUNDO

I

El canario después, desorientado,
explorando horizontes y horizontes,
voló al fin por los valles y los montes
como si fuese un pájaro escapado:
hasta que ya rendido,
de su fuerza en volar menos seguro,
con el miedo que da lo indefinido
halló en la claridad algo de obscuro.
Sintiendo luego el malestar incierto
que se llama el mareo del desierto,
y después que el canario
recorrió el horizonte ebrio de gozo,
le parecía, al verse solitario,
el universo entero un calabozo.
Y conforme caía
dentro del mar el día,
y se aumentaba con la sombra el frío,
sólo vió estupefacta su mirada
la tenebrosa estancia del vacío,
y aquel horror que dice: «¡Aquí no hay nada!...»

II

Cuando todo en la sombra era indistinto,
sintió una sensación vertiginosa;
después, con el instinto
natural en un ave cariñosa,
esperando, inocente,
que la prisión su dueña le abriría
y en trance tan cruel le ampararía,
á su casa volvió, cuando inclemente
ya sus alas el frío entumecía;
y volando después difícilmente,
como ni huir ni guarecerse sabe,
de las tinieblas á la luz escasa,
alrededor girando de la casa,
más parece un espíritu que un ave.

III

Como no hay duda que era
una noche muy buena, por lo fría,
para asar en alegre compañía
castañas al rescoldo de una hoguera,
de miedo ya á las olas mugidoras
de una espantosa tempestad cercana,
y al fastidio y horror de aquellas horas,
se lanzó de su dueña á la ventana
guarnecida de plantas trepadoras.
Mas ¡ay! que ya casada y siempre pura,
pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
hallando todo ruido inoportuno,
todo rayo de luz cosa liviana,
la ventana cerró con tanto esmero,
que no dejó á la luz resquicio alguno,
pues en noche de boda, una ventana
es la nube de sombra con que Homero
cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

IV

Cuando el pájaro, hastiado
de aquella inútil libertad del cielo,
á su prisión volvía enamorado,
ya había el polo norte desatado
un recio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes

y cada vez más fríos,
 los arroyos de viento se hacen ríos,
 y los ríos después se hacen torrentes
 directa y reflejada,
 y después toda unida,
 contra aquella ventana tan cerrada,
 lloviendo más, sobre la ya llovida,
 chisporrotea el agua ametrallada.
 Cuando están á su dueña regalando
 realidades tan dulces como sueños,
 quejándose el canario está pñando
 como pñan los pájaros pequeños.
 Mientras dentro, amorosa,
 ve en verdad convertida su quimera
 en éxtasis profundo,
 por la parte de afuera
 pñar á media voz oye la esposa
 á un ser que no parece de este mundo.
 Matándolo á golpazos
 la nieve sobre el pájaro se apiña,
 y mientras él se queja y da aletazos,
 Jacinta, de su esposo entre los brazos,
 le habla con voz del tiempo en que era niña.
 Y así al pobre canario,
 sirviéndole la nieve de sudario,
 de la ventana contra el duro suelo
 lo sueldan vivo, el hielo
 y la escarcha y la nieve endurecida.
 ¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo
 los injustos dolores de la vida?

CANTO TERCERO

I

Ya estaba el sol muy alto, y aun dormía;
 y tras de un sueño largo y retardado,
 sin más cuidado ya que aquel cuidado,
 como sin duda eternizar quería
 la inocente ilusión de su deseo,
 Jacinta, placentera,
 estando el sol á la mitad del día,
 cual Julieta á Romeo
 le decía á su esposo:—¡Espera, espera,
 que no llega la aurora todavía!

II

La heroína feliz de nuestra historia
 miró al fin por la luz desvanecida
 esa noche que deja en la memoria
 el recuerdo más grande de la vida.
 De su lecho nupcial se alza ligera,
 y con un aire entre terrestre y santo,
 muestra en su cara el religioso espanto
 de la casada hoy y ayer soltera.

Se echó, con un pudor algo tardío,
 un traje negligente de mañana,
 corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!
 al canario encontró muerto de frío
 metido en el rincón de la ventana.

¿Verdad, lector amado,
 que el querer ser feliz casi es locura?
 Jacinta olvida en su reciente estado
 todo antiguo cuidado;
 celebrando su amor y su ventura,
 á soltar su canario se apresura,
 y se le muere helado:
 pasa además un día y otro día,
 y un rosal que tenía
 se le seca olvidado.

¡Pobre Jacinta mía!
 ¡Por el ingrato amor que tanto quiere,
 cuanto ama, en causa de dolor se trueca;
 tiene un ave que suelta, y se le muere;
 tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III

Traspasada de pena,
 viendo muerto por ella á un inocente,
 piensa Jacinta, de ternura llena,
 que es un tirano *Amor* que dulcemente
 ata al pie del esclavo la cadena.

Y así al pájaro muerto le decía
 con acento el más tierno y doloroso
 (y aunque el pájaro muerto nada oía,
 la esposa bien sabía
 que la oía á su lado el tierno esposo):

—Buscar en el amor ventura y calma,
 sólo es variar de penas:
 el querer libertad para nuestra alma
 es cambiar solamente de cadenas.

Como al pájaro, al hombre le es preciso

esclavizar con libertad su llama,
 porque ser el esclavo de quien se ama
 es tener por prisión el paraíso.—

IV

Hablando de esta suerte
 profundamente tierna y conmovida,
 besó al pájaro muerto enternecida;
 y después de pensar cómo la muerte
 en lo mejor nos llega de la vida,
 fué á darle con ternura
 al pie de un limonero sepultura,
 y esto grabó, con la mayor tristeza,
 del árbol siempre verde en la corteza:
 —Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
 porque alejado de su dueña un día,
 rotas ya sus cadenas, no comía
 el pan de la dichosa servidumbre.—
 Y cuando esto escribía,
 besándolo al grabarlo tiernamente,
 es la pura verdad que ella gemía;
 aunque es verdad también que al mes siguiente
 ya este recuerdo era una cosa fría.

CANTO CUARTO

I

Seis meses, y algo menos, van pasados,
 y ya Jacinta abandonada, prueba
 el rigor de los hados;
 ya de sus ojos á su boca lleva
 dos surcos por las lágrimas trazados;
 pues el dejar de amarse dos casados
 es una historia vieja, siempre nueva.

II

Pasan las ilusiones,
 y más las ilusiones amorosas,
 y en esa confusión de confusiones
 en que parecen ya todas las cosas
 una grande humareda de visiones,
 la buena de Jacinta, que creía
 que el Etna ante su amor se apagaría,

que tuvo en este valle de amarguras
 la suerte natural de las mujeres
 (rebaño de apacibles criaturas
 que llenando la tierra de placeres
 recogen á su paso desventuras),
 tan noble y religiosa como bella,
 en su inmenso dolor se vuelve al cielo,
 porque, un poco olvidada, empieza en ella
 de la ilusión el lúgubre deshielo;
 mas, reina superior á su caída,
 haciendo frente á las pasiones malas,
 en su honradez se siente sostenida
 cual se sostiene el águila en sus alas.

III

Y aunque el amor ahora
 es, como antiguamente,
 un duelo en que hay traidor precisamente
 y alguna vez también en que hay traidora,
 Jacinta, siempre fiel, escribe y llora;
 y á veces, por variar, llora y escribe;
 y aquella antigua rosa, hecha azucena,
 se muere de dolor, porque no vive
 atada al eslabón de su cadena;
 solitaria, las lágrimas que vierte,
 del fondo de aquel mar perlas preciosas,
 las vierte silenciosas
 para que nadie entienda
 cuál es la causa de su triste suerte,
 porque es de esas mujeres valerosas
 que del deber por la terrible senda
 van al través del fuego y de la muerte.

IV

Desde el funesto día
 en que ya de su amor perdió el encanto,
 si alguna vez reía,
 su risa, más que risa, parecía
 la amarga contracción próxima al llanto;
 y siempre enamorada
 cual estarlo pudiese esposa alguna
 por su esposo olvidada,
 de su pena y su amor arrebatada
 ya escribía canciones á la luna.
 Sin rosal, sin canario y sin amores,
 su propia historia convirtiendo en cuento,

templaba sus dolores
 volviendo á oír cantar los ruiseñores,
 gemir la fuente y suspirar el viento;
 y hermosa, rica, perspícaz, honrada,
 sola, triste, benévola, estudiosa,
 poetisa, mujer y abandonada,
 tanto y tan bien lloraba y escribía,
 que de su amor y su dolor retumba
 el eco todavía
 en esta corta y lúgubre elegía
 que se halló en sus memorias de ultratumba:

V

«A un canario infeliz, porque era mío
 la inútil libertad le di insensata,
 y á buscarme volvió; pero yo ingrata
 cerré el postigo y se murió de frío.
 »El esclavo que es fiel nos causa hastío,
 y amamos al tirano que nos mata:
 siempre es y fué la libertad más grata
 tener preso en otra alma el albedrío.
 »Libre correr, para humillar la frente
 cambiando de cadena; he aquí el calvario
 de todo libre ser que vive y siente.
 »El hombre, prisionero voluntario,
 dará su libertad eternamente
 por vivir en prisión como el canario.»

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina la Sra. D.^a Elvira
Irullegui de García Caballero.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A...: porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

ESCRIBIRÉ MAÑANA

I

Del mar junto á la orilla
 está Vega, lugar que, aunque pequeño
 para ser una villa,
 casi es un Londres para ser aldea;
 y allí vive, en el punto más risueño,
 tejiendo y destejiendo, Dorotea,
 la tela de Penélope de un sueño.
 ¡Pobre niña, que aun vive
 con la fe de esas almas tan honradas
 que creen que las promesas son sagradas,
 y un ángel en el cielo las escribe!

II

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,
 si veis que el autor llora
 al recordar ahora
 memorias que no tienen semejantes!
 ¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
 sofocan los recuerdos de la infancia!...
 ¡Yo, al restañar esta mortal herida,
 me olvido de treinta años de mi vida!
 Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
 que lloro, aguardo, me sereno y sigo.